

AL cumplir sus tres años de Gobierno, el régimen militar argentino se encuentra con el lapso que la estadística política del país considera clave: a los tres años, un Gobierno cae o, por lo menos, entra en su momento crítico y final.

Un recuento de lo hecho acredita a los militares varios triunfos. El principal es haber acabado con la guerrilla, jaque de los Gobiernos de hecho y de derecho que se sucedieron desde 1969. El precio ha sido alto: la militarización del país y una suma aún no determinada pero alta de desaparecidos, concentrados, muertos y torturados, sin contar la dispersión del exilio, que afecta principalmente a ciertos sectores intelectuales.

La derrota de la guerrilla ha venido acompañada de otra ventaja para los militares: la eliminación de todo movimiento opositor. Es posible que buena parte de la población esté descontenta por las medidas económicas y que muchas familias argentinas sean presa del resentimiento por la liquidación de alguno de sus miembros, pero este malestar carece de organización. No tiene siquiera la esperanza mítica en un líder maldito por el sistema, como la tuvo en 1972, cuando el regreso de Juan Perón.

En lo económico, la dura y liberista política del ministro José Alfredo Martínez de Hoz ha logrado bajar la tasa de inflación del 1.000 por 100 que tuvo en 1975 (último año del Gobierno peronista) a un 170 por 100 en 1977. En 1978 se ha repetido el guarismo, el más alto del mundo (China figura en segundo lugar con un modesto 60 por 100), pese a las promesas del ministro de cerrar con un 70 por 100. Y en enero de este año la inflación trepa al 90, por lo que se llegaría a fin del ejercicio con un 100. En compensación a estos resbaladizos números, el comercio exterior es próspero: Argentina ha logrado introducirse en 77 mercados externos y hace continuas diferencias favorables. El Banco Central atesora 6.000 millones de dólares de reservas, reunidos en tres años, cifra record en la historia del co-

mercio argentino. Esto ha permitido pagar 1.000 millones de capital de la deuda externa, acontecimiento que no ocurría desde hacía quince años. El déficit del presupuesto fiscal también ha sido reducido. El sistema se sana, según gusta decir Martínez de Hoz.

País sin problemas de explosión demográfica, ni carestía de alimentos, ni dependencia energética, ha podido recuperar algunos indicadores en un tiempo relativamente corto. En otros aspectos de su vida internacional, Argen-

tina parece estar a punto de resolverse con Brasil. Inglaterra parece dispuesta a devolver las islas Malvinas, abriendo la posibilidad de extracción del petróleo que duerme bajo el mar.

Todo esto, aparte del precio político pagado, tiene otro precio, económico y social. La política de estabilización ha volteado los salarios a un mínimo legal de 150 dólares. El consumo se restringe continuamente, y buena parte de la industria nacional se ve amenazada de ruina. El producto bruto industrial decae,

los salarios. Se aflojarán algunas tensiones sociales y será posible cierta liberalización del sistema.

Buena parte del empresario argentino es violento opositor de Martínez de Hoz y organiza su sustitución por un equipo de tipo desarrollista, como el que gobernó con Arturo Frondizi en 1958 y con Roberto Levingston en 1971. La caída de Hoz acarrearía un grave problema político a los militares, pues difícilmente podría sostenerse en su puesto el Presidente Jorge Rafael Videla.

En efecto, Videla ha sido el principal soporte político-militar de De Hoz, a quien muchos señalan como el auténtico jefe del Gobierno. Videla, conciliador, flemático, de talante liberal, suele servir de árbitro entre los agresivos sectores militares en pugna. Pone paños tibios a la situación y da la cara al mundo cuando la opinión internacional se molesta por el tema de los derechos humanos. Su argumento no carece de lógica: "Toda guerra es sucia, lamentablemente. Nosotros no buscamos esta guerra y no somos responsables, en última instancia, de sus resultados".

No hay, dentro del Ejército, ninguna figura lo bastante moderada para ocupar su lugar. Su delfín, Roberto Viola, comandante del arma, no cuenta con el apoyo de todos los jefes de Cuerpo, y cada uno es cacique absoluto en su jurisdicción. Cualquiera de ellos que lo suplantase caería, igualmente, de consenso.

A todo esto se suma la falta de proyecto político de los militares. Sólo en un punto están de acuerdo: no se puede volver a la democracia inorgánica y descontrolada de 1976, que puede llevar al poder a sectores de la guerrilla o a los cuadros más ineficaces y grotescos del peronismo. ¿Pero a cambio qué?

La línea blanda o liberal del Ejército propone una vuelta a los partidos tradicionales, pero con una selección de candidatos y tal vez con un nombre militar al frente. Apo-

ARGENTINA: LA DIFÍCIL SALIDA POLITICA

BORIS WRANGEL



Jorge Videla: "Nosotros no hemos buscado esta guerra y no somos responsables de sus resultados".

tina también esboza soluciones a viejos problemas. Después de amenazar a Chile transportando divisiones a la Patagonia, la mediación papal parece corroborar la tesis argentina de definirse como la única potencia atlántica del Cono Sur. El espinoso tema de las centrales hidro-

eléctricas sobre el río Paraná está a punto de resolverse con Brasil. Inglaterra parece dispuesta a devolver las islas Malvinas, abriendo la posibilidad de extracción del petróleo que duerme bajo el mar.



Hoy en Argentina no se tiene siquiera la esperanza mítica de un líder como se tuvo cuando el regreso de Perón. En la foto, manifestación en Mendoza, abril de 1972.

varían esta tesis los aviadores acaudillados por Omar Grafigna y las "palomas" del arma de Tierra (Videla, Viola, Galtieri, Villarreal, Vaquero). Se empezaría con elecciones municipales directas (¡oh, fantasma de don Alfonso XIII!) y el resto de los cargos se cubriría con elecciones de segundo y tercer grados.

La línea populista de la Marina prefiere una salida a

la brasileña: inventar dos partidos políticos civicomilitares, uno oficialista y otro opositor, que se alternarían en los roles, estratificando la democracia representativa con alternativas controladas. Esta salida contaría con un visto bueno del Departamento de Estado, cuyo ideal de "democracia controlada" es la monolítica administración mejicana.

Por fin, los "halcones" (Menéndez, Suárez Mason, Saint-Jean) están por un Gobierno de las élites, de corte corporativo, aunque no se atreven a decir su nombre y carecen de cabeza visible, desde que renunciara el ministro de Planeamiento, Genaro Díaz Bessone, cuyo famoso proyecto nacional se iba a estudiar durante veinte años y empezaría a aplicarse en el siglo XXI.

Los inconvenientes de un experimento fascista en Argentina son su falta de tradición, la carencia de una mística nacionalista para movilizar a las masas detrás de él, y lo mal que caería entre la opinión pública internacional. A su vez, toda democracia controlada, según las experiencias de los últimos cuarenta años, tiene un espinoso futuro en Argentina. El último Presidente elegido con pureza que terminó su mandato legal fue Marcelo Alvear en 1928. Agustín Justo concluyó pacíficamente el suyo en 1938, pero había sido elegido con fraude.

La falta de salida política

puede matar de parálisis al régimen militar, haciendo aflorar las contradicciones de sus sectores internos y ventilando a los tiros sus rencillas palaciegas. Buena prueba de ello son la serie de atentados que costaron la vida a colaboradores del Presidente Videla y que casi acaban con la del almirante Emilio Massera, líder de la Marina. Falta, además, un personaje con la audacia y la imaginación política que mostró el coronel Perón en 1945. Y será difícil organizar políticamente algo en el país sin una fuerte personalidad conductora.

A estas horas, los militares argentinos estarán pensando que de los cuatro dirigentes nacionales de este siglo (Julio Roca, Hipólito Yrigoyen, Justo y Perón) tres fueron militares. Pero hicieron política sin guerrera, de chaqueta o en mangas de camisa.

También pensarán en el dicho de Antonio Maura a Miguel Primo de Rivera, a poco de instalada la dictadura: "Un Gobierno de hecho es como un ciclista: si no pedalea, se cae". ■



Emilio Massera, izquierda, líder de la Marina, y José Alfredo Martínez de Hoz, ministro de Economía y para muchos el auténtico jefe de Gobierno.